

## CAPÍTULO VIII

### LAYCOCK

*El rostro de un ermitaño – Reflexiones sobre el futuro pasado – Una súbita amenaza – La bala que no mató a ningún animal.*

#### 1

Rhum parecía estar todavía de luto por los asesinatos. El sol no se atrevía más que a dejarse intuir entre las nubes, y el contacto del aire en la cara era frío y pegajoso como una lluvia viscosa.

Y en ese viento flotaba algo.

Una presencia, tal vez. O un augurio mortífero que supurase la misma tierra, lanzándolo al aire como un fuego fatuo alimentado por el horror de la masacre. Ninguno de los tres habríamos podido explicar la sensación, pero que la notábamos, que el desasosiego estaba ahí luchando con las ganas de seguir adelante, hasta el jamelgo de Freys lo percibía con claridad.

– Los santos no están por aquí hoy – masculló el farero. Tenía una forma curiosa de llevar las riendas del carro, dejando que resbalasen lentamente hasta que parecía que se le iban a escapar de las manos, para dar un pequeño tirón en el último momento que corregía el rumbo.

– ¿A qué se refiere? – pregunté.

Señaló el Cullin. Habíamos dejado atrás el bosquecillo de jacintos y nos acercábamos a Caer Minloch. Para variar, había bancos de niebla en el norte de la isla. Si aquel clima hubiese sido un poco más benévolo, sólo un poquito, en lugar de un triste páramo podríamos haber contemplado un campo de cebada alta y pobladas barbas de trigo.

— Esa montaña siempre me ha dado mala espina. La recorren los ecos de antiguas magias, de cosas que sucedieron hace siglos y que la montaña aún recuerda. No suelo ir mucho por allí.

— Me apena oír eso, porque la verdad es que me gustaría que nos dejase en las colinas, lo más cerca que pueda del Cullin... si no es abusar demasiado —precisé.

— ¿No iban a poner flores en la mansión? Ya iba derecho hacia allí.

— Recogeremos flores en colina. Volver luego. Recogernos barca al atardecer —dijo Dulsie.

— Esa es la idea —asentí—. Espero que estemos de vuelta para entonces, o me ganaré una buena reprimenda.

— Qué bien habla usted ese dialecto, es sorprendente —se maravilló Freys—. Cualquiera entiende a esta chica con ese mejunje de palabras que se inventa.

— ¿Dulsie? Ha mejorado mucho en su dominio del lenguaje. Ya casi no pronuncia frases en latín.

Freys me miró sin pestañear.

— Señorita, las únicas tres frases que le he oído pronunciar a esta chiquilla desde que se subió al carro tenían más partes de latín y griego que de inglés.

Semejante declaración me hizo dudar de mí misma, hasta que lo comprendí. Lo que estaba pasando no era que Dulsie hablase mejor nuestra lengua, sino que yo había evolucionado hasta entender casi perfectamente la de ella. Las palabras raras no habían desaparecido de su discurso, pero yo apenas las oía.

— Pues sí, es sorprendente... —admití—. Señor Freys, ¿puedo hacerle una pregunta?

— Adelante.

— ¿Cómo es que tiene usted un nombre tan raro? Suena extranjero. Casi como Fritz, pero no del todo.

— Casi como noruego, pero no del todo —matizó—. A mis padres les gustaba un escritor de ese país, un tal Peder Claussøn Friis<sup>1</sup>, y

---

<sup>1</sup>Autor de una traducción del Heimskringla de Snorri Sturluson, un conjunto de sagas escritas en Islandia alrededor del 1225, también conocida como Crónica de los reyes del norte. Esta traducción desató una oleada patriótica a lo largo y ancho de Noruega, ola que pudo inspirar al clérigo del siglo XVII Petter Dass para escribir La trompeta de Nordland, un extenso poema topográfico que describe los paisajes del norte del país.

quisieron bautizarme en honor a él. Pero no supieron deletrearlo correctamente.

— Vaya.

— ¡Allí está! — exclamó Dulsie, esta vez en un perfecto inglés.

La mansión nos ofrecía la misma cara de siempre, con esa fachada llena de ventanas que bien podían esconder a una familia modelo o a un retorcido asesino. Desde la distancia pude ver las modificaciones que había hecho Padre en sus últimos viajes, tapiando la ventana rota y asegurando en general el primer piso con candados y barrotes.

No se había hecho a la idea de renunciar tan fácilmente a aquella propiedad, a la que esperaba regresar en algún momento. Y aunque sus planes me causaban inquietud (¿regresar tan pronto a la casa de los horrores? ¿En serio?), en el fondo hacía que me sintiera orgullosa de él. No dar el brazo a torcer ante el primer obstáculo era un rasgo de carácter de mi familia.

— Si quieren que las lleve más lejos vamos a tener que darnos prisa, señoritas — dijo Freys—. Aún tengo que recibir a un grupo de visitantes que desembarcará dentro de poco. Me han pedido que les guíe por...

— No se preocupe, nos quedaremos aquí mismo. — Le hice una señal a Dulsie para que recogiera el petate que habíamos traído como equipaje (apenas unas provisiones y un odre de agua, por si se nos hacía muy tarde) y se apeara del carro—. Ya hemos hecho este camino antes. ¿Vendrá a recogerlos cuando acabe con sus visitantes?

— Cuenten con ello, estaré aquí mismo antes del anochecer. Tengan cuidado, suele refrescar bastante a media tarde en el descampado.

Y se marchó sin hacer más preguntas. Eso me gustaba de Freys: que pedía la información que necesitaba para hacer su trabajo, y no se sentía molesto si los detalles adicionales de cortesía no llegaban.

— Será mejor que no sepa dónde hemos ido exactamente — le expliqué a Dulsie, mientras tomábamos el camino del Rhum—. Así no le tendremos que pedir que mienta la próxima vez que hable con Padre.

Dulsie estuvo de acuerdo, aunque seguía sin entender plenamente mis motivos. Y si no los entendía, no podía compartírselos, pero seguía apoyándose sin reservas, cosa que me agradó. En cierto modo, me trataba más como a la hermana mayor que nunca tuvo que como a la hija del señor de la casa, a la que debía obedecer ciegamente por contrato, igual que obedecía a Padre.

Yo también me sentía más cómoda así, pensado en ella como una amiga en lugar de una sirvienta.

Por segunda vez desde que nos conocimos emprendimos juntas el camino al Cullin, y por segunda vez escalamos las colinas hasta llegar, sudorosas y cansadas, a la que dominaba Laycock con su cabaña. Freys tenía razón: el cierzo que resbalaba por la cara sur lamía nuestro sudor con una lengua helada, y a pesar de que estábamos a pleno sol, hacía castañetear nuestros dientes. Me alegré de que la falda pesase tanto: era incómoda para trepar, pero al menos me protegía de aquella brisa traicionera.

— ¿Estará? — preguntó Dulsie, sentándose en una piedra.

— Eso espero.

De la chimenea no salía humo, lo cual me preocupó. Pero desde nuestra perspectiva daba la impresión de que la puerta estaba entreabierta. Y por muy deshabitada que estuviese la isla, dudé que Laycock fuera del tipo de persona que dejaba sus pertenencias al alcance de cualquiera.

No, todo apuntaba a que estaba en casa. Lo complicado sería buscar la manera de abordarle. “Oiga, señor, me han dicho que me salvó la vida la otra noche, después de verle en una visión en el fondo de un cuenco.” Ridículo.

No es que no le hubiese dado vueltas a esa cuestión; al contrario, no había dejado de pensar en ello desde que salí de casa de los Buchanan, pero las fórmulas que había ensayado me parecían igual de ridículas. Puede que el problema no estuviera en mí; puede que no hubiera forma humana de plantear lo que quería decirle a ese hombre de una manera cabal. Eso me excusaba, aunque en modo alguno haría que pareciese menos loca.

— Dulsie, ¿ocurre algo? — pregunté, alarmada. La joven no cesaba de mirar al camino. Era como si hubiese detalles en el paisaje que se movieran justo cuando dejábamos de mirarlos. Las cosas cambiaban sutilmente de lugar, una ilusión que hasta ese momento había achacado a mi nerviosismo. Pero si ella también lo había notado...

— Está cerca — susurró.

— ¿Quién, Laycock?

— No — respondió, pero no añadió más.

Nos plantamos frente a la puerta de la cabaña y carraspeé para hacerme notar. Pasaron unos instantes. Nadie respondió. Un aroma a

carne asada y canela recién espolvoreada endulzaba el ambiente. Me fijé en que el huerto estaba invadido de ortigas en la parte que daba al Cullin, aunque el resto parecía bien cuidado, incluso con coles plantadas.

—¿Hay alguien? —grité—. ¡Me llamo Sabine, creo que nos conocemos! ¿Está usted ahí, pastor Laycock?

Un largo silencio.

Por un momento se me fueron las fuerzas. Pensé que podría haber viajado hasta allí para nada. Que sintiera un gran ímpetu por ayudar a mi familia y hacer algo importante con mi vida, por una vez, no significaba que el mundo fuera a corresponderme. Las cosas no funcionaban como un reloj fuera de los libros, donde cada personaje tenía marcado un patrón en el drama. Las situaciones eran más duras en el mundo real, muchísimo menos lógicas. Y allí había mundo real por todas partes.

Mis hombros comenzaban a descolgarse por la frustración cuando advertí un movimiento dentro de la cabaña. Una silueta se distinguió contra la negrura aún más profunda del umbral.

—¿Qué hacen aquí? ¿No saben que la isla ha sido desalojada? —preguntó una voz de hombre, ligera y musical aunque no desprovista de autoridad.

Contuve el nerviosismo estirando la espalda, para parecer alta y regia como una estatua. Madre siempre decía que el porte y la forma de hablar eran lo que distinguía a las verdaderas damas de las que sólo lo aparentaban. Mis hombros se echaron hacia atrás como si quisieran encontrarse a media espalda, y aunque eso me resaltó inevitablemente el pecho, no me preocupó.

—Ejem, yo... Sí, sé que no debería haber nadie paseando por aquí, salvo los cabreros y los ciervos. Y el farero, claro. Pero dígame si se acuerda de mí, pastor. —*Dígame que recuerda cómo me rescató del bosque de jacintos, cómo me tapó la boca con la mano y me llevó inconsciente a Caer Minloch*—. Soy Sabine, la hija del médico, el señor Donovan. El propietario de la mansión. —*Dígame que la conoce, que le suena familiar porque habló con los criados para asegurarse de que me tratarían bien. Se lo suplico, no me diga que fue un sueño.*

Laycock dio un paso y salió a la luz, mostrando mejor los rasgos que ya habíamos entrevisto la primera vez, y revelando detalles que con la distancia pasaron desapercibidos, como el corte en la ceja donde no crecía pelo, o esa descarada ausencia de lóbulos en las orejas que le daba un aspecto salvaje, casi animal. Laycock era exactamente como me lo imaginaba, un hombre del que era mejor no hablar del pasado, con un aura de secretismo que urgía a que saliésemos corriendo.

Me sonrojé. Cómo se reiría la aya si me viese en este momento, a mí y a mi rubor de adolescente. ¿Lo estaría notando Laycock, también? ¿Estarían dibujándose sobre mi cara semejantes pensamientos como tinta derramada?

—Sé quién eres —confirmó. Esas palabras fueron como un bálsamo.

*Lo sabe. Entonces fue real, no una fantasía de mujer histérica.*

Iba a añadir una trivialidad con el objeto de no dejar espacios muertos en el diálogo, pero un detalle en la actitud de Laycock me llamó la atención.

Estaba mirando fijamente a Dulsie, como si la conociera. Dulsie lo miraba también a él con respeto, aunque no se leía ese reconocimiento en sus ojos. A él parecía resultarle tremendamente familiar la cara de la niña, pero el sentimiento no era mutuo.

—¿Habéis venido vosotras solas? —se asombró—. ¿Con este frío?

—Pues... hablando de frío...

—Claro. Pasad.

## 2

Allí estaba yo, aceptando descaradamente su invitación. Las risas imaginarias de la abuela se habían transformado en un enconado reproche. ¿Qué hacíamos entrando de esa manera en la morada de un desconocido, y aún más, estando ubicada en medio de ninguna parte, donde nadie podría ser testigo de lo que ocurriera tras las paredes?

¿Acaso, en mi fuero interno, esperaba que ocurriera algo?

Espanté esos pensamientos. Había llegado hasta aquí y era tarde para arrepentirse. O me centraba en las preguntas que quería hacerle, o el viaje entero habría sido una pérdida de tiempo.

La cabaña estaba formada por una sola estancia, con una cama que compartía espacio con un baúl que no se cerraba de lo lleno que estaba. Había una cierta intención de mantener limpio aquel espacio, de lidiar con el desorden que implica tener muchas pertenencias y ningún armario donde guardarlas. Aún así, la forma de la cabaña hacía que ni una cosa ni la otra pudieran considerarse verdaderas victorias.

Laycock llevaba un traje sencillo de dos piezas, más cercano al de un mendigo que al de un gentilhombre. Parecía tan cómodo con él como con sus sandalias de raso, y un sombrero de paja que habría podido servir para que una caterva de gatos se entretuvieran afilándose las uñas. Daba la imagen de un hombre pobre, pero sus modales seguían siendo los de alguien bien situado dentro de una comunidad. Alguien que todavía era necesario allí donde prestara servicio.

Laycock cogió una silla que cojeaba y me la cedió. Recolocó cien cosas que había amontonadas sobre el baúl y le indicó a Dulsie que podía sentarse encima. No sé por qué no le ofreció la cama. Luego comenzó a rebuscar algo en una pequeña cocina (una esquina de la cabaña), para servirnos algo caliente que matase el frío.

— Tiene el jardín un poco descuidado — comenté, sólo por decir algo. Laycock, por fortuna, no se lo tomó a mal.

— Recuerdo que en una ocasión un feligrés me comentó algo parecido del huerto del templo, en Mallaig — sonrió—. Aquel día me sentía profundo y le respondí que era una metáfora del mundo tal y como yo lo entiendo.

— ¿En qué sentido?

— “La indignación del Señor ha caído sobre todas las naciones, y Su furia sobre todos los ejércitos — recitó—. Las espinas crecerán en los palacios, y ortigas y zarzas en las fortalezas. Y será habitáculo para los dragones y corte de búhos.”

— ¿Qué es eso?

— ¿No conoce la Biblia?

Me retrepé en la silla.

— En mi familia siempre se ha inculcado el estudio de las Escrituras, pero ese versículo...

— Es poco conocido, lo sé. Nadie quiere oír cómo le recuerdan que el futuro es un campo de cuervos, y que las profecías de sangre se cumplirán hagamos lo que hagamos. Es lo malo de las predicciones, que ya está todo dicho y no se pueden cambiar. El Apocalipsis sucederá, y será algo terrible. Así pues, ¿por qué molestarse en llevar una vida virtuosa?

— O sea, que no cree que el mundo merezca ser salvado — razoné.

Me tendió un vaso de madera y le ofreció otro a Dulsie, que permanecía callada sobre el baúl.

—Creo que el destino del mundo lo escribió Dios hace mucho tiempo, y Su palabra es ley. Pero como ocurre con todos los acertijos — me guiñó un ojo —, éste también tiene trampa.

—¿Acaso estaban equivocados los profetas? ¿O Dios puede contradecirse a sí mismo?

—No. El mundo se acabará probablemente en medio de horribles trastornos y baños de sangre. Así lo dice la Biblia —conjeturó—. Pero la Salvación trabaja a pequeña escala, hombre a hombre, no nación a nación. Ahí es donde está la trampa. Puede que el Hombre, como especie, condene al mundo a la destrucción por sus actos... pero tomados de forma individual sí que podemos ser salvados. Uno a uno. Alma por alma. Es lo que prometió Jesucristo. Ahí es donde radica la importancia de una vida de virtud y amor al prójimo.

—Cada hormiga puede escapar, pero el hormiguero está condenado porque ninguna sabe cómo detener la riada.

—Exacto.

Reflexioné unos segundos sobre lo que me estaba contando. Empezaba a entender por qué el concejo de ancianos se había disgustado con Laycock: sus sermones eran demasiado profundos para el ciudadano de a pie, que se contentaba con que le recordaran día tras día sus obligaciones y lo profunda que era su culpa. Eran tan complejos, de hecho, que despedían un cierto tufo a herejía.

Laycock vertió una especie de tisana en los vasos. Oía bastante bien, aunque su aspecto, lleno de grumos, era repulsivo.

—¿Por eso la otra mitad de su jardín está libre de zarzas, porque cree en las oportunidades servidas a pequeña escala? ¿Algo así como la dualidad moral de la naturaleza humana?

—Podría ser. O eso, o no tiene nada que ver con lo que te estoy contando y todo esto no es más que una charla amena sobre un jardín sucio —dijo. Y al instante me lanzó una mirada distante, remota, que concentraba sus ojos en mi cara. Aquellos repentinos cambios de actitud me desbarataron. Mis ojos quisieron rehuir los suyos, pero no había rincón donde meterlos en una habitación tan pequeña—. Eres Sabine, en efecto. Cuando te llevé a tu casa aquella noche tenías una palidez enfermiza. Aunque era normal, teniendo en cuenta las circunstancias.

Mi corazón se aceleró. Sí, sigue por ese camino, por favor. Confiésalo todo para que yo no tenga que sacártelo palabra por palabra. Para que pueda abrirte mi corazón como una rosa de verano.



—He venido para darle las gracias —dije, la voz seca. De fondo se escuchaba un deglutir casi imperceptible: era Dulsie, sorbiendo por el borde del vaso.

—No hay de qué. Teniendo en cuenta la naturaleza de mi profesión —*y sabes perfectamente de cuál se trata*, flotó en el aire—, venir a agradecerme es como darle las gracias al sol por salir cada mañana. Iluminar es algo inevitable porque está en su naturaleza.

—Lo sé, sé que ayudar a los demás es algo ligado a su profesión, pero sin embargo... quería hacerlo. Constatar que la tragedia de aquella noche sucedió de verdad.

—Claro que sí. Tuvieron un desgraciado accidente con el carro y los ayudé en lo que buenamente pude. El Señor no quiso que llegara a tiempo para asistir a sus criados. —Suspiró, quitándole importancia—. No hay que darle más vueltas. Accidentes como estos son, por desgracia, el pan nuestro de cada día.

Pero sus ojos ofrecían otro discurso. Lo había sorprendido mirando de reojo a Dulsie en dos ocasiones, cuando pensaba que yo estaba absorta en la degustación de la tisana o admirando su portentoso desorden. La miraba no sólo como si la reconociera, sino como si encajara en unos recuerdos tristes, devastadores, memorias que habría preferido no sacar nunca de la caja.

Además, aunque no le había conocido en persona hasta hacía pocos minutos (por lo que me era imposible buscar dobles sentidos en su abanico gestual), algo en mi interior me decía que Laycock estaba mintiendo. Que ocultaba una verdad horrible porque, si la dejaba salir, su sola mención podría dañarnos a todos. Empezando por mí.

Así que le dije, lentamente, como si le conociese de toda la vida:

—Le ruego que no haga eso. Por favor. —Intenté una sonrisa—. Lo necesito. Comprendo que hay momentos en la vida en que tenemos que arrojar tierra sobre las cosas que suceden, porque si no... ni el silencio del templo que sugiere la presencia de Dios podría librarnos de la locura. Las personas hablan y tratan de seguir adelante con sus vidas, comentan hechos triviales e intentan sentirse orgullosos de lo que tienen, de lo que han conseguido. Pero el mundo tiene dos caras, ahora lo sé; y cuando ves aunque sea un atisbo de la que está oculta, ya no puedes cambiar. La mirada te cambia a ti. Por eso... —tomé aliento; lo había gastado casi todo en soltar esas frases de corrido— le suplico que no me trate como a una niña. No niegue lo que nos pasó, porque Dios quiso que fuese vinculante. Los augurios están ahí para testimoniarnoslo.

A pesar del sentimiento que le había puesto al discurso, Laycock contestó con un simple:

—Perdona, ¿Has dicho “augurios”?

Sentí la cabeza sucia, como si tuviese arenisca dentro del cráneo. Aquello no estaba saliendo bien. Dejé a un lado la tisana (que tenía un sabor más fuerte de lo previsto, lleno de pequeñas agujitas), y me levanté.

—Olvídelo. Creo que esto ha sido un error. Vamos, Dulsie.

La joven se apeó del baúl de un salto, contenta. Estaba deseando huir de todo aquel desorden, o de la mirada inquisitiva de Laycock. Una de dos.

La mano del pastor se posó en mi hombro.

Ese primer contacto significó para mí el inicio de muchas cosas, de sentimientos, dudas y quebraderos de cabeza. Pero en aquel momento no podía intuir ni la mitad de ellos.

—Lo siento —se excusó, mientras decía muchas más cosas a la vez.

Yo las escuché todas.

Me volví hacia él. Dios, aquellos ojos.

—¿Querrá hablarme de lo que pasó en realidad aquella noche?  
—pregunté, cansada.

—Ha sido un discurso muy lúcido, a pesar de tu edad. Se nota que eres una joven acostumbrada a leer. “Dios quiso que fuese vinculante”. Cuánto sentido hay en esa frase.

—Mi padre adora los libros. Me he criado entre ellos.

—Aquella noche vimos lo que vimos —admitió, volviendo a la tarea de ordenar los enseres. Sentí un vacío en el lugar concreto de mi hombro donde había estado su mano—. Hablar de ello sólo conseguiría que los poderes que se desataron tuvieran una excusa para hacerse fuertes en nuestros corazones. Y de ahí a manifestarse en una noche de luna llena, como la que tú recuerdas, hay menos de un paso. Es mejor regresar a casa y olvidarse de todo, confiárselo a Dios. Él sabrá qué hacer.

—¿Y si el mal anida en tu propia casa? —objeté.

Laycock hizo una breve pausa, y siguió ordenando. No me costó ver en aquel repentino afán de limpieza una metáfora de lo que estaba sucediendo en su cabeza.

—Si estás totalmente segura de eso... entonces supongo que es sabio lanzarse al camino para buscar a alguien que te ayude. Una persona sola no es capaz, a menos que sea alguien muy especial, de hacer frente a la oscuridad de este mundo. Sólo los santos son capaces de prodigios así.

—Y si ese camino me condujese hasta Rhum...

—...Pues puede que acabaras en la cabaña de alguien como yo —sonrió—. Pero es sólo una suposición.

—Claro. Sólo suponemos.

Me mordí el labio. Laycock apartó con la pierna una caja llena de enseres de costura. No me costó imaginarlo zurciendo su propia ropa, encastrando parches aquí y allá y tratando de mantener un aspecto decente en su indumentaria. ¿Por qué un hombre no iba a aprender a hacerlo, si vivía solo? Madre me había dicho una vez que había un estilo de coser que se me daba tremendamente bien, y que podía dedicarme a ello cuando fuera mayor. A mí me pareció una soberana tontería. Dedicarse a coser suponía malgastar tu vida entregándote a algo tan herméticamente cerrado, tan privado... Era como decir: deberías considerar la idea de ser un jirón de niebla, o una red de pesca. Como disciplina personal estaba bien, pero enfocar tu vida a eso...

Entonces se me ocurrió que abandonarlo todo a favor de los votos de la iglesia era algo parecido. Hubo un momento de su vida en que Laycock se encontró con una encrucijada, y eligió dedicarse a una afición tan privada como la adoración al Señor. Consideró la idea de ser un jirón de niebla, y la aceptó, solo que en su caso conllevaba hacer mucho por los demás. No era simplemente dedicarse a rezar, a coser o a pescar; él además se volcaba en la gente.

Cada vez se me hacía más complicado imaginar cómo un hombre como aquél, tan lleno de encrucijadas, de diálogos punzantes, de fe sincera, se había convertido en un estorbo.

—Señor, ¿puedo preguntarle algo? —dije, sorprendida de mi atrevimiento.

—Lo que quieras.

—¿Por qué se vino a vivir justo aquí, a este lugar tan apartado? Si lo habían repudiado —Cristo, qué mal sonaba esa palabra, por muy dulcemente que se pronunciara—, ¿por qué no ir más al sur, a una gran ciudad como Lancaster? ¿O al continente?

—Buena pregunta. —Esta vez miró a Dulsie sin tapujos, casi con descaro. Ya no me quedaba ninguna duda. Había algo oscuro y enterrado pugnando por salir a la luz, solo que la conversación aún no había ido por esos derroteros. Me pregunté qué astuto circunloquio me conduciría directamente a ese terreno—. No podía irme muy lejos. Tenía que estar cerca de alguien, por si me necesitaba de nuevo.

—¿De quién?

—De alguien... sobre el cual no deberíamos estar hablando, si sabemos lo que nos conviene.

Maldición. Circunloquio equivocado.

Uno de los vasos hizo ruido al caer al suelo. Laycock levantó la vista a la ventana, justo cuando una silueta a contraluz se escapaba de ella.

Alguien nos estaba espiando.

—¡Alto! —ordenó—. ¿Quién anda ahí?

Dulsie y yo nos abrazamos, asustadas. Se oían pasos rápidos y ligeros en el jardín.

El pastor cogió un cuchillo largo de un estante y abrió la puerta. Esa pose violenta no casaba con la imagen que tenía de un presbítero, pero en aquel momento me alegré de que Laycock no tuviese reparo en manifestar su parte más agresiva.

Entonces, algo veloz le golpeó en la cabeza.

Había sido una piedra, o un objeto similar, pequeño y contundente, lanzado con puntería a la sien. Y con efectos devastadores. Laycock se derrumbó, alzando las manos como si quisiese taponar un agujero en el cráneo. Dulsie y yo lanzamos un solo grito, a coro, y retrocedimos hasta tocar con la espalda la pared opuesta de la cabaña. Aparte de la puerta principal y las difíciles ventanas, no había otra salida.

El agresor apareció en el umbral, mirándonos con ojos como ascuas.

Las dos conocíamos bien aquella silueta escuálida, aquellos harapos que vestían una piel sucia, aquel estropajo de pelo que se le amontonaba sobre la frente como un hato de cuerda vieja.

Era el niño loco de las colinas, el que se llamaba a sí mismo el hijo del cura.

—Malditas, dos, malditas y peligrosas, ambas cosas —dijo el niño, con el soniquete de una canción infantil. Al mover la cabeza mostraba una mancha de piel que tenía en el cuello, y que recordaba un tatuaje de fauces y colmillos—. Qué pieza estupenda para un cazador: morosa de pechos, enjuta de caderas. ¡Quién no rezaría a todas las vírgenes si con eso hiciera retozar las plañideras!

No traté de buscarle un sentido a aquella nana absurda. Lo más seguro era que no lo tuviese, que él mismo se la hubiera inventado en las largas noches de soledad que acompañaban a la locura.

Miré con espanto el cuerpo de Laycock, que aunque seguía con vida apenas hacía nada aparte de arrastrarse por el suelo y gemir de dolor. No estaba en condiciones de defendernos. Ni nosotras tampoco, pues el cuchillo había caído entre los pies de saltamontes del niño.

—Abre, abre la boca, puerta al infierno, cierra, cierra los puentes, ríos de llagas que me llevan por los páramos del Averno.

Empujé a Dulsie hacia la ventana y la obligué a salir al jardín. La seguí a duras penas. El niño no inició la menor acción para tratar de detenernos, pero cuando estuvimos fuera se plantó otra vez delante, obstruyendo la puertecita de la cerca.

—¡Déjanos en paz! —supliqué, con una voccecita más temblorosa de lo que habría querido—. ¿Por qué nos persigues?

El niño lucía multitud de pequeños cortes en las piernas, probablemente de las zarzas. A medida que se iba moviendo, a base de pequeños saltos, esparcía gotitas de sangre sobre las coles.

—Dijeron los Corintios: “Se persigue al mal allá donde éste fuere, se condena al demonio allá donde se refugie.” Habéis propagado el mal que medra en vuestro impuro linaje. Habéis vertido sangre sobre la tierra, contaminándola, pudriéndola, y sólo seréis purificados cuando la falsa piel, el embozo prestado por el diablo, sea reducido a cenizas en una hoguera hecha con vuestros huesos.

—¡Te equivocas! Hemos venido a buscar respuestas, no a extender ningún mal.

—¡Ilusa! Esas respuestas encierran la versión más pura del mal. Viajarás lejos, niña maldita, tú y la concubina de Satanás a la que proteges. —Señaló a Dulsie con un dedo sin uña, rematado por una costra de sangre seca—. En tierra lejana aprenderás a recitar la

profecía que emponzoñó tu linaje, y en vano intentarás templar el fuego de tu sangre, pues lo que se dijo en los días del Origen no puede ser cambiado. Las bestias sedientas de mal serán bestias por siempre.

— ¡Déjanos en paz! — chillé, cubriendo a la temblorosa Dulsie con mi cuerpo —. ¡No soy ninguna bestia, estás enfermo!

— Te enredarás en tu destino, pequeña bastarda, lo quieras o no. Los vientos lo cuentan cada noche, susurran pactos inconfesables al bosque, el interminable repertorio de tus pecados. — Dio un paso hacia nosotras. Mi trasero se encontró con la valla desvencijada del huerto. Dulsie no paraba de murmurar cosas en voz baja y rápida, plegarias en latín y griego, mientras sus manos se contraían sobre mi camisa —. Naciste en pecado, ramera, y en pecado morirás...

Hizo el amago de abalanzarse sobre nosotras, pero no llegó a moverse. Sus pupilas, dos alfileres negros clavados en la esclerótica, se quedaron en blanco cuando algo le golpeó por un costado.

No fue Laycock. El pastor comenzaba a levantarse del suelo en ese momento, un chorro de sangre muy roja empapándole un lado de la cabeza. Fue un disparo, una breve y sorda detonación cuyo sonido nos golpeó un segundo después.

Una flor se abrió, rosa y púrpura, en el costado del niño, que ya no se movía. Estaba tumbado de medio lado sobre las coles, como una hortaliza más, las piernas y los brazos colocados de cualquier manera.

Giré la cabeza para distinguir a cuatro personas que habían subido la colina, una de las cuales sostenía un fusil de llave. El humo del disparo formó un anillo perfecto alrededor del cañón y lo recorrió a lo largo. El tirador era un hombre joven, de edad y aspecto general próximos a los de James. A su derecha estaba Freys (*¡así que éstos eran los visitantes a los que tenía que recoger con tanta urgencia!*, pensé), cuya cara era un poema... y aún había otra persona más que yo conocía.

El pastor Tinker estaba a la derecha del tirador, muy quieto, vestido con la librea de una Orden religiosa desconocida. Junto a él esperaba un sacerdote mucho menos solemne, concentrado en anotar cosas en un pequeño libro.

Laycock se terminó de incorporar y comprobó el pulso del niño. Lanzó un improperio y, tras preguntarnos si estábamos bien, concentró la vista en los recién llegados.

Aguardamos una reacción. No éramos nosotros quienes teníamos que dar explicaciones.

Tinker se adelantó unos pasos y exclamó, con voz grave y reverberante, dos o tres tonos por debajo del bajo:

— ¡Sabine, hija de Donovan, nacida en la Normandía, he venido a buscarte! A ti y a la joven manchada que te acompaña, portadora de la marca del Diablo.

Dulsie se encogió con un gemido. Sus pupilas, vibrantes por el miedo, disminuyeron al tamaño de la cabeza de un alfiler, igual que las del niño salvaje.

Miré a Laycock. Ya que él no dijo nada, decidí tomar la iniciativa.

— ¡Pastor Tinker! ¿De... de qué marca habla? ¿Qué ha hecho Dulsie, por Dios?

— No vuelvas a pronunciar Su sagrado nombre con tus obscenos labios, mujer — amenazó. Tenía la mirada de las estatuas de los santos que decoraban el frontón de las catedrales, una mirada de superioridad y castigo.

Dulsie se llevó por acto reflejo una mano al hombro, como queriendo ocultar la prueba de un crimen. Entonces recordé un detalle: cuando había ayudado al ama Delphine a aplicar el ungüento curativo a las heridas de la joven, después de la paliza de Padre, me fijé en que tenía una marca en la piel, una especie de tatuaje. Una culebra que abrazaba una rama como queriendo inocularla con su veneno.

¿Era ese dibujo al que se refería Tinker? ¿Había sido marcada Dulsie como portadora de una culpa inconfesable, o una gran vergüenza?

Pero lo que más me preocupaba en ese momento no era la suerte de Dulsie, sino la mía. Tinker lo dijo: venía a buscarme *a mí*.

— ¿Q... qué se supone que he hecho? — tartamudeé—. ¿De qué se me acusa?

— Entre las posesiones de tu padre hemos hallado pruebas de herejía. La tenencia de ciertos libros está penada con prisión incondicional por el tribunal de la Iglesia. — Sus ojos llameaban. El hombrecillo que tenía al lado iba apuntándolo todo en aquel libro, cada palabra que se decía, cada hecho que acontecía y cómo era resuelto. O esa impresión me daba, pues sus ojillos no paraban de saltar de un interlocutor a otro sin perder detalle.

*Los libros de Padre. Han invadido nuestra propiedad.*

— El doctor Donovan ya ha sido conducido junto con su esposa al monasterio de Saint Clemens, donde serán interrogados. La Orden de Isis Urania tiene severos cargos que presentar. Y vosotras nos acompañaréis — dictaminó—. No estáis libres de culpa, cada cual con vuestro propio pecado.

— ¡Mis padres no tienen culpa de nada, son inocentes!

— ¿Acaso eres tú la propietaria de los libros sacrílegos?

Enmudecí. Cada frase que pronunciaba no hacía sino agravar la situación, pero de alguna forma tenía que defenderme.

Laycock se adelantó. *Gracias al Cielo*, pensé. *Va a decir algo.*

— Sé que fui privado de mis funciones en el Concilio, pero aún mantengo mis votos en la Orden. Pido ser elegido para concluir la labor de estudio en el caso de esta muchacha, Dulsie, que tuve que abandonar después de su fuga.

Mis ilusiones se fueron al traste. No era eso lo que esperaba que dijese, está claro, aunque tampoco era lógico que sólo por habernos servido té estuviera de nuestro lado. Laycock era un presbítero, y se debía a la iglesia por mucho que ésta le hubiese repudiado.

Dulsie estaba tan confundida y asustada como yo. Tenía que saber, desde luego, a qué fuga se refería el pastor, y cuál era la misteriosa investigación que había quedado inconclusa. Pero por su forma de mirar a Laycock, lo que desconocía era que él estuviera implicado.

— Transmitiré su petición formal al cónclave, pero no le garantizo nada —gruñó Tinker—. Aunque puede que tenga suerte y suspendan su bula de aislamiento por unas semanas. Ahora hay dos investigaciones abiertas sobre licantropía, y necesitaremos de su experiencia. —Hizo una señal al fusilero para que recogiera el cadáver del niño—. Nos lo llevaremos también a él. Si las profecías son ciertas, esta noche ocurrirá algo con este cuerpo infecto.

No pudimos sonsacarle más información. Resignadas, nos sumamos a la comitiva en el regreso a Mallaig. Freys, por una vez en su vida, parecía tener los labios cosidos, y no soltó palabra en lo que restó de viaje.

Laycock recogió unos pocos enseres personales y vino con nosotras, aunque casi todo el tiempo estuvo junto a Dulsie, abrazándola, ofreciéndole consuelo en aquella hora tan negra. A mí, por desgracia, no me prestó atención.

Quise llorar, pero no quería que Tinker creyera que estaba confesando un delito con esa actitud sumisa. Alcé el mentón y procuré no venirme abajo.

Como reos camino del cadalso, emprendimos la marcha hacia el lejano monasterio donde Dulsie había sido señalada de por vida con el emblema del Diablo.